CUENTO:  HORA NOCTURNA
La anciana se hallaba sentada sobre la silla de ruedas, siguiendo con la mirada los movimientos del animal. Era un angora de ojos relampagueantes sumergido en la penumbra del patio cuya humedad  parecía oler, por momentos,  a las adelfas. Siempre los gatos me han parecido animales fantásticos. De un salto estaba caminando ya sobre el tejado de la casa vecina, y los perros de la calle, al divisar su figura escribiéndose en la  luna llena y rojiza, se largaron a ladrar enfurecidos.
- Ella casi no da  trabajo – me dijo la señora Esperanza. Tenía el cabello de color ambarino, la nariz aguileña, las gafas oscuras, y esa atención falsa, excesivamente amable, que ponen  las mujeres movidas por un propósito urgente.

No hubiera  querido  trabajar como dama de compañía, pero la larga enfermedad de mi padre, con su amarilla cara de vela que se derretía,  y el cigarrillo apagándose – a menudo  – en su boca salivosa, me empujó  a presentarme como la candidata solicitada en el diario: “Se necesita dama  de buen trato, aseada, responsable, con conocimiento de primeros auxilios, mayor de treinta años, sin retiro…”.
El té de chamomilla estaba caliente.
Y la bienvenida muy afectuosa, aunque difícil de sostener, a ratos, por la mujer, quien parecía cansada.

Después de decir que sí a cuatro recomendaciones puntuales, llevé  a la anciana a su habitación.
El reloj de pared marcaba las ocho de la noche.

Con la cabeza reclinada sobre la almohada de  su cama (usaba dos jergones viejos) se largó a hablar: “Él estaba enamorado de mí. Cuando yo ejecutaba “Para Elisa”, de Beethoven, en el piano alemán de la familia, sus sentimientos parecían accidentarse porque se le caían  las lágrimas. Claro que Beethoven es trágico, patético, apocalíptico. No hablábamos casi. Es decir, sí, un poco. No nos decíamos aquellas palabras con que se aprietan  los novios, contra una muralla, en la oscuridad, pues éramos dos tímidos chicos de la alta sociedad que crecimos con el más austero sentido de la vergüenza. Tratándome de usted, escúcheme señorita  Teresa, ¿puede servirme un poco de agua mineral?,  me preguntaba si había leído el libro de San Agustín, o de Platón, y cómo me sentía; yo,  con el usted también en la boca, le contestaba que mi bien era su persona, su presencia, o sea su esmero, por no decir gala: aquel traje de gabardina azul con estilo que olía a sustancia parisiense   y esa tira de seda  negra anudada a su cuello; le juraba que mi contentamiento estaba en  él, sentado allí,  sobre la silla de mimbre, a una baldosa de distancia  de las penumbras de la sala, siempre decente, como correspondía, sin pasar de largo el horario de visita. Éramos una familia de método, o sea, de reloj”.
 Zas!
 La vieja deliraba.
 La chochera…, la mente ida…, pero era previsible, después de todo.

Así son las personas de edad. Rememoran  a sus novios muertos hace muchos años. Hablan de largos viajes que hicieron en un trasatlántico,  y te preguntan  si has viajado con ellos en el buque de la compañía tal, y si recuerdas  los apellidos de los pasajeros de primera clase, los apellidos  que salían a relucir en los saludos de presentación, y quieren saber qué impresión te han dado   aquellas nuevas amistades italianas que con  sus copas demás y el mareo volcaban la noche titilante sobre la cubierta del barco de modo que el mar caía en el cielo.
Le indiqué que debíamos dormir.
Señora…, señora…, está por dar las nueve…
No me respondió; estaba  ya  dormida.

No podía conciliar el sueño y era ya pasado el espectáculo  de las estrellas y entrada la función  de los murciélagos. Un benteveo aventaba una queja lastimada al viento  y una fina llovizna caía sobre los cipreses de la vereda; estaba pues yo  cargando con el fardo  de la hora nocturna que se acentuaba con el silencio asmático de la habitación.
 El benteveo empezó a picotear la rama; hacía un ruido de segundero de reloj de pared;  la anciana habló.

“Aquel día de octubre apareció por el pueblo un hombre cojo y  acuciado por la sarna. Quería ganarse unos cuantos pesos, sólo unos pobres pesos; llegó hasta  el portón de mi casa, me ofreció su servicio de jardinero, y no se lo creí. Cuando yo no creo me suelo enojar. Lo dejé pasar, sin embargo. Me habló de las flores, de las petunias, de las hortensias, de las caléndulas, y me reveló  las propiedades medicinales de ellas, que las anoté en el papel de mi delantal. Para el alma, los jazmines; para el despecho, los ranúnculos;  para la traición, las rosas imperiales; y  las plagas  de las violetas para el dolor del corazón”, dijo con una voz a la que a veces parecía no llegar a tiempo, acuciada como estaba por  sus bronquios llenos de catarro y el inicio de una tos ferina.
- ¿Y usted le creyó?
- Pues sí. Además me leyó el futuro. Me dijo que sería adinerada.
Estaba fantaseando demasiado. Por momentos me preguntaba si ya había amanecido;  le contestaba  que no. Entonces ella me explicaba que era la hora en que las aguas del río se limpiaban, porque el río no es más que ropa que se lava,  y que la gran crecida llegaría en tres días de modo que la casa perdería, para siempre, su collar de diamantes. Un acceso de tos le tapó la boca.
Y un sueño pesado cayó sobre mí.

Dos personas en la calle discutían mientras orinaban  en la vereda. Estaban ebrias. El de la voz grave quería ponerse de acuerdo con el de la voz aguda para cesar de discutir y perpetrar de una vez el delito. Como no existía perro que defendiera la mansión calculaban   que se meterían  con cierta facilidad en la sala y se llevarían las alhajas de oro,   y aquel anillo de diamante de la Lynch, que sobrevivió al saqueo de la guerra grande, según me había relatado cuatro veces  la vieja, aunque yo le dijera que ya le había oído relatarme.
Los oí discutir mientras la calle empedrada los llevaba para abajo, hasta que se los tragó una esquina sin iluminación y el último fogonazo de un auto que perdió bruscamente la dirección.
 Adiós, borrachos. Adiós.

A las diez de la mañana serví a la anciana café con leche, huevos de codorniz revueltos, rosquillas de anís  untadas con dulce de leche y una presa  de pollo.
Comía  sin apuro y bien.
 Saboreaba el desayuno como si fuera el primero de su vida.
Se tomó su tiempo que era mi tiempo.
- Lleve la bandeja al perro para que lo limpie – dijo.
No  había lebrel,  dogo,  perdiguero, pastor alemán, ni criatura parecida a un perro, ni pulga siquiera, salvo la sombra de la estatua de la pitonisa de bronce, en el  corredor, que tomaba, a veces, la forma de un animal dispuesto a saltar sobre su presa.
Calamidad: La señora Esperanza desapareció. Me echó el fardo,  su madre, encima. Ninguna nota, ninguna carta, ni siquiera una grasienta esquela, nada. La busqué en las calles. Y más allá de las calles, en los domicilios de los muertos, en las aguas. Pero los estibadores no habían visto a ninguna mujer con sus características caminar  por las orillas del río. Y las olas, con su piel escamosa y sus láminas doradas,  sólo habían arrojado a las playas dos enormes pescados muertos y una chapa oxidada.
Pasaron tres días y tres noches.
Ella me contaba, a la hora nocturna, los cuentos de sus delirios.
Aquella noche goteaba.
Tres gotas sobre un batráceo. Más gotas…
El sacudón de un relámpago que cayó cerca de la iglesia Catedral apuró sus palabras.

“Mi esposo me amaba. En el primer aniversario de nuestra boda me regaló un collar de diamantes y un traje enterizo de  color bermejo. Un auténtico Chanel. Yo le dije que para qué, que con  su cariño me tenía por bien vestida. Ah…. el collar… Y había ocasiones en que lo usaba, contadas ocasiones, desde luego… ”, suspiró.
- Dónde está el collar – me encontré diciendo,  desesperada, pues nuestra situación era calamitosa por donde quiera que se la mirase.
- ¡Ajá! ¡Conque resulta  que me cree! – respondió triunfante. Por fin alguien le daba un voto de confianza, algo parecido a un cariño, antes de caer el telón sobre su vida.
- Siempre  creí en usted.
- Búsquelo    en   la chimenea, debajo de un ladrillo marcado con una cruz gótica.
 Salí disparando de la habitación. Escarbé. Torcí mi dedo índice.  Tal vez arañé.  Forcé la caída del ladrillo con una horquilla para heno. Ahí estaba, con sus ojos de perro en la obscuridad, mordiéndome casi la mano, como si se defendiera rabiosamente de  la luz.
Volví cantando a la habitación de la anciana. Y ella, maravillada de mi humor, cantó conmigo.

Afuera llovía. Era noche cerrada con sol.